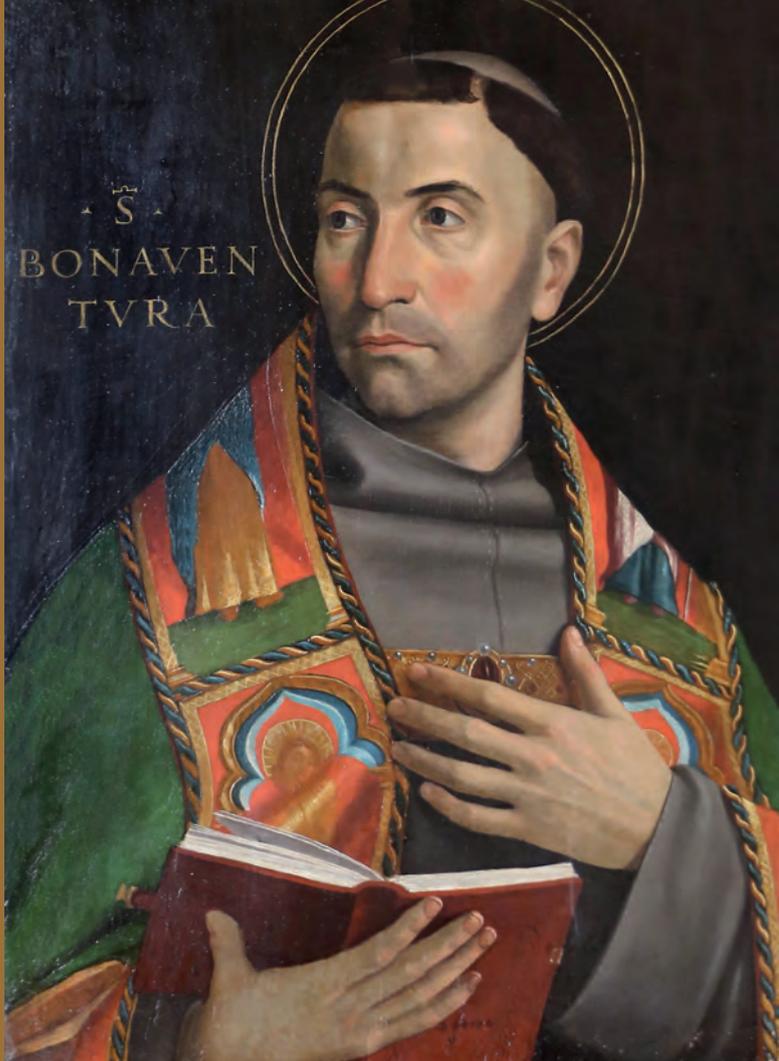


1274
2024

750°



San Buenaventura una voz todavía actual

CARTA DE LOS MINISTROS GENERALES DE LA
PRIMERA ORDEN Y DE LA TERCERA ORDEN REGULAR
en el 750° aniversario de la muerte de san Buenaventura

Lecto genua
mea ad do
minū prem
dñi nri ihu
xpi ex quo oī
pinitas in celo et in terra
noīatur vt det vobis scōz
diuicias glē sue virtutē co
roborari per spm ei⁹ in
teriori hoīe habuere xpm p
fide in cordibz vris in cari
tate radicati et fundati
vt possitis pprehendere
cū oībus scōz que sit lon
gitudō latitudō sublimi
tas et profundū Dare etiā
freminere scōz trinitatē xpi
vt impleamini in oem
plenitudinē dei Magn⁹
doctor gentiū et predi
tor veritatis diuino imple
tus spū tāquā vas elec
tū et scōzificatū in hoc ver
bo aperit sacre scriptu
re que theologia dicit
ortū pgressū et statū in
sinuans ortū scōz que
attendit scōz influētiā
bōssie trinitatis pgres

sū aut scōz exīgētiā
hūane capacitatis. sta
tū vero siue fructū scōz
suy habūdanciā sepleis
siue felicitatis Virtus nā
q̄ nō est p hūanā inuesti
gationē s̄ p diuinā reue
lacionē que fluit a p̄lu
minū ex quo oīs p̄nitās
in celo et in terra noīatur
a quo per filiū ei⁹ ihu xpm
manat in nos sp̄s scōz et
per spm scōz didicē et dis
tribuentē dona singulis
put vult dat⁹ fides. et per
fide hātat xpc in cordibz
nris. Hec ē noticiā ihu xpi
ex q̄ originalit⁹ manat fir
mitas et intelligētiā tota
sacre scōz Unde et in
possibile ē qd̄ aliq̄s i ip̄s
ingrediat⁹ agnoscedā n̄
prius fide xpi habeat sibi
infusa tāq̄ tota sacre scōz
lucernā et ianuā et etiā
fundamētū Est enī ip̄a
fides oīm scōz et luā
cionū q̄ diu peregrinam⁹
a dño fundamētū stabili
ens et lucerna dirigens



2 de febrero de 2024
PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

*A todos los hermanos
de la Primera Orden Franciscana
y de la Tercera Orden Regular
y a todos los hermanos y hermanas
de la Familia Franciscana*



1274
2024

750°

El aniversario setecientos cincuenta de la muerte del Doctor Seráfico, acaecida el 15 de julio de 1274, nos ofrece la oportunidad no sólo de recordar y celebrar el servicio que prestó a la Orden y a toda la Iglesia, sino también de volver a proponerlo como un don todavía válido para nuestra época.

Así nos lo dijo ya el Papa Pablo VI en su visita al gran Congreso Internacional de 1974, organizada para celebrar el 700.º aniversario, cuando recomendó a san Buenaventura “a todos los hijos e hijas de la Iglesia, para que, a través de la meditación atenta de su mensaje, lleguen a ser testigos eficaces en la Iglesia y en el mundo entero”.

Conscientes de la importancia de su figura, no siempre suficientemente conocida y valorada incluso en nuestro ambiente, queremos acoger una vez más la invitación del Papa Pablo VI a compartir algunas reflexiones sobre su vida y sobre el mensaje que de él nos llega, con la certeza de ofrecer un recuerdo precioso que nos sea útil para vivir mejor nuestra pertenencia a la Orden franciscana y nuestro compromiso en favor de la Iglesia y del mundo.

No es fácil proponer de nuevo en pocas líneas la riqueza teológica y franciscana contenida en los nueve volúmenes de la *Opera Omnia* de San Buenaventura. Hemos optado, por tanto, por destacar algunos aspectos de los tres grandes ámbitos de su actividad siguiendo el orden cronológico de su desarrollo. En primer lugar, Buenaventura fue maestro de teología en la Universidad de París hasta 1257, año en que abandonó el cargo porque fue elegido Ministro



1274
2024

750°

General de la Orden, cargo al que fue reelegido ininterrumpidamente hasta el final de su vida. En el desempeño de estos dos compromisos, se reveló también como místico, tercer ámbito de su actividad en beneficio de la Orden y de la Iglesia, cuando puso su experiencia de Dios al servicio de los demás, proponiéndoles posibles itinerarios.

Esta carta se convierte también en una ocasión importante para expresar nuestra gratitud a los numerosos estudiosos, frailes y laicos, que en los últimos cincuenta años se han ocupado con pasión y tenacidad de esta gran y compleja figura de teólogo, fraile y místico, manteniendo viva su memoria y mostrando la riqueza y actualidad de su pensamiento.

Maestro de teología: con la mente en camino hacia Dios

Buenaventura nació en 1217 en Bagnoregio, una ciudad pequeña y muy característica del centro de Italia, no lejos de Viterbo. En 1235, gracias a las posibilidades económicas de su padre, fue enviado a París para estudiar artes liberales. Allí conoció la Orden de los Frailes Menores, a la que decidió ingresar en 1243. Se le pidió que completara todos los estudios académicos de teología, siempre en París, donde en el año 1252/53 obtuvo el grado de *magister theologiae* en el estudio de los frailes de Francisco.

Grande fue su producción teológica. Recordemos sólo algunos títulos: los cuatro grandes volúmenes del *Comentario a las Sentencias*, las *Cuestiones teológicas* junto con los *Sermones teológicos*, el famoso opúsculo de 1259 del *Itinerario de la mente a Dios*, para terminar con las tres series de Conferencias (*Collationes*) universitarias dictadas en París en los últimos años de su vida, de las cuales la más famosa es seguramente el *Hexaemeron*. Sin embargo, la obra más interesante para repasar su teología es seguramente el *Breviloquium*, compuesto hacia 1257 como síntesis teológica ofrecida a sus alumnos y a todos los frailes. En él, en efecto, Buenaventura intenta “abreviar” y hacer más fácilmente



1274
2024

750°

Ciudad de Bagnoregio

te accesible la descripción del plan de salvación presente en las Escrituras, el cual, “así en los escritos de los santos como también de los doctores, es enseñad[o] tan difusamente”, corre el riesgo de ser percibido por los principiantes como “incierto y desordenado y como una selva espesa” (*Breviloquium*, Prol. 6,5). De esta obra recordemos algunos elementos significativos de su teología.

El primer aspecto se refiere a la pasión al hacer teología, que requiere el esfuerzo del método: quien estudia teología debe poseer la disciplina de la mente, movida por un amor devoto, apasionado y ardiente. Así, entre los trabajos a los que el fraile está llamado se encuentra también el intelectual, tanto o tal vez más fatigoso y exigente que el manual. Se trata, en efecto, de pasar lo creíble (lo que se cree por fe) a lo inteligible, dando las razones de ello: porque sólo así el amor a lo que se cree alcanzará su culminación, ofreciendo a la razón el argumento definitivo para adherirse a la fe. El empeño es arduo y fatigoso, porque el maestro está llamado a “sacar a la luz las cosas ocultas”. Por eso, como advierte de antemano Buenaventura, siempre en el prólogo del *Breviloquium*: “No puede nadie llegar a esto fácilmente si por la asidua lectura no encomienda a la memoria y la letra de la Biblia” (Prol. 6,1). Esto sólo será po-



1274
2024

750°

Cesare Mariani,
*Asunción de la
Virgen María
en la visión de
San Buenaventura* (1863).
Roma, iglesia
de Santa Lucía
del Gonfalone



sible si “la meta y el objetivo” son claros, por los que se asume con seriedad y empeño el esfuerzo de comprender la fe: “Entonces conoceremos verdaderamente que el amor supera todo conocimiento, y así nos seremos colmados de la plenitud de Dios” (Prol. 4). Puesto que la teología nos permite crecer en el bien y abrazar la salvación: *ut boni fiamus et salvemur* (Prol. 5,2).

El *Breviloquium* pone de relieve otro elemento de la teología bonaventuriana: el cristocentrismo. En la séptuple división del texto, que comienza con el tratado sobre el Dios “Uno y Trino” y culmina con el retorno escatológico del hombre a Dios, el centro textual lo ocupa el Verbo encarnado. En esta perspectiva, Cristo aparece como la clave de la historia de la salvación, la “perfección del universo”, la fuente de nuestra re-creación. La vida cristiana se desarrolla, pues, entrando con inteligencia y amor en el misterio de la historia de la salvación, que en Cristo tiene su lógica definitiva.

¡Porque sólo por el camino de Cristo se llega al estupor inteligente de Dios! En la teología de Buenaventura se es-



1274
2024

750°

cuchan de nuevo, en el fondo, los sentimientos de Francisco de Asís, que exclamaba: “Ninguna otra cosa, pues, deseemos [...], sino [...] el solo verdadero Dios, que es bien pleno, el todo bien, el total bien, el verdadero y sumo bien, ique es *el solo bueno!*” (Rnb 23, 9). Como verdadero hijo del *poverello*, Buenaventura contemplaba al Altísimo como misterio infinito de bondad, que se da a sí mismo a través de Cristo en todas las realidades. El Padre, fuente increada de bondad, comunica total e infinitamente su propia naturaleza divina a su Hijo amado, la “persona mediana” de la Trinidad. En el soplo recíproco de Amor entre ellos, se unen en el vínculo del Espíritu, el “don en el que fueron dados todos los demás dones”. Ello se expande luego a toda la creación y a toda criatura, llevando de nuevo todo a la plenitud del amor divino, que es el sumo Bien y el todo Bien.

El momento expresivo y productivo del Bien es el acto creador del cosmos que permanece en continua expansión, no sólo en términos de naturaleza, sino también de conocimiento. Tanto el ser como el conocer revelan el mismo origen y fin: la plenitud y la expansión del Bien. Ambos están escritos en el “Libro de la Creación” y pueden ser leídos por la inteligencia y el amor del hombre, llamado a reconocer y amar al Dios Uno y Trino en todas las cosas. Esto es precisamente lo que nos recuerda el Papa Francisco en *Laudato si'*, volviendo a proponer explícitamente a Buenaventura: “toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria [...] *toda criatura lleva en sí una estructura propiamente trinitaria*” (n. 239); de ello –apelando siempre al Santo de Bagnoregio– debería seguir una “reconciliación universal con todas las criaturas” (n. 66). Y esto es posible porque, como dice Buenaventura, “el Verbo divino está en toda criatura y, por tanto, toda criatura habla de Dios” (*Comentario al Eclesiastés*, c. 1 ad resp.).

Reflejo privilegiado de las relaciones trinitarias es la persona humana, que, con el don infundido por el Espíritu Santo, lleva a su perfección el misterio contenido en todo el universo. En este contexto antropológico, Buenaventu-



1274
2024

750°

ra califica a la persona humana de “microcosmos”, no sólo porque es comparable al “macrocosmos”, sino también porque es su realización o, viceversa, su destrucción: la calidad de la vida humana condiciona la calidad del ambiente en el que vive. Lo recuerda continuamente el Papa Francisco, trayendo a la atención de todos el grito que surge de la tierra y de los pobres. Cada vez que favorecemos la “fraternidad y la amistad social” entre los pueblos, favorecemos también la calidad ambiental de la tierra, defendiéndola de nuestra rivalidad y codicia.

En definitiva, según Buenaventura, la inteligencia teológica debe convertirse en experiencia de Dios y pasión por este mundo, permitiéndonos descubrir en él un signo claro del amor divino.

El Maestro de Bagnoregio nos interroga con fuerza sobre hasta qué punto la escucha, no sólo de las Escrituras, sino también del grito unido de la tierra y de los pobres, ilumina nuestra inteligencia y nuestro afecto, haciéndonos capaces de “sacar a la luz las cosas ocultas (de Dios)” y de ser un don para “todos los hijos de la Iglesia” y del mundo.

Ministro de la Orden: un guía apasionado

El 2 de febrero de 1257, a la edad de unos 40 años, la vida de san Buenaventura cambió radicalmente. Durante el capítulo celebrado en Roma, en la iglesia de *Ara Caeli*, donde se reunieron un centenar de frailes representantes de las treinta y tres provincias de la Orden, los frailes, a sugerencia también del general saliente, Juan de Parma, eligieron a un fraile que no participaba en el capítulo y se encontraba en París: Buenaventura de Bagnoregio.

Desde el principio fue consciente de la carga que tendría que asumir: el gobierno de 30.000/35.000 hermanos repartidos por toda Europa, desde Inglaterra hasta Mon-



1274
2024

750°

golia/China y el norte de África. Tan rápido crecimiento, unido a la complicada presencia de profundas diversidades culturales en la Orden, eran motivos de seria preocupación, que había que abordar con gran cuidado y pasión. Así se desprende de su primera carta circular, escrita inmediatamente después de su elección, en abril de 1257. Además de llamar a los hermanos a la conversión de mente y corazón sobre diversos puntos de la vida minorítica, Buenaventura quiso recordarles cual era su vocación dentro de la Iglesia: “ser espejo de santidad plena” (*Carta I, 1*: en *Obras de san Buenaventura: Opúsculos franciscanos/1*, vol. XIV/1, Roma 1993, 113). Entre las diversas carencias recordadas por el Ministro General en aquella carta, una parecería a veces aún válida: “hacer trabajar a los hermanos perezosos”.

Para favorecer esta renovación de la calidad de vida, Buenaventura, siempre a petición de los capítulos generales, escribió dos textos importantes. El primero es el presentado en 1260, en el Capítulo de Narbona, cuando la asamblea aprobó las *Constituciones Generales*, en las que el compilador había reordenado y completado las numerosas y confusas constituciones que la Orden se había dado a sí misma a lo largo de los años desde 1239. En el siguiente Capítulo, celebrado en Pisa en 1263, la asamblea de frailes acogió y oficializó la segunda obra producida por Buenaventura: *La Leyenda Mayor* y *La Leyenda Menor de San Francisco*, textos con los que quedaba fijada para todos y para siempre la narración definitiva sobre la santidad de Francisco. Con las dos obras, la jurídica y la narrativa, Buenaventura ofrecía a los frailes una serie de indicaciones, doble y complementaria: las normas jurídicas a seguir y el modelo de vida a imitar.

La calificación de Buenaventura como “segundo fundador de la Orden”, aunque exagerada, no deja de tener algo de verdad. A través de su largo gobierno dio una identidad definitiva a los Hermanos Menores, reafirmando y clarificando un doble mandato: un fuerte compromiso con la evangelización y una cuidadosa fidelidad a la vo-



1274
2024

750°

cación propia de menor. En ambos aspectos, la figura de san Francisco constituía la referencia decisiva: su santidad era la garantía. Así lo anticipa con gran solemnidad Buenaventura en el prólogo de su *Leyenda*, donde Francisco es calificado como “embajador de Dios tan amable a Cristo [...] propuesto como dechado de los perfectos seguidores de Cristo” (*LegM* prol. 2: FF 1022). En definitiva, como General de la Orden asumió con valentía e inteligencia una delicada tarea: conservar los elementos del ideal de los primeros frailes, integrándolo con los desarrollos identitarios de la Orden fuerte y ampliamente comprometida en la actividad pastoral y cultural para la promoción de la fe y de la vida cristiana.

Cabe mencionar otras dos obras “franciscanas” del santo de Bagnoregio. Para la formación de los novicios, compuso en 1260 una *Regla para los novicios* en la que, entre otros aspectos, recordaba a quienes deseaban abrazar esa vida que “la pobreza voluntaria es el fundamento de todo el edificio espiritual”. El otro texto es la extensa y rica colección de los *Sermones dominicales y de los santos* (1267-68): consciente de la inadecuada preparación de los hermanos para el oficio de la predicación, Buenaventura, con sus sermones, quiso no sólo recordarles la importancia de esta tarea, sino también ofrecerles una herramienta que les ayudara a desempeñar mejor su servicio.

Se calcula que Buenaventura, durante su mandato como ministro general, pasó una cuarta parte de su tiempo recorriendo los caminos de Europa. Sus viajes como animador y guía de la Orden terminaron de hecho el 23 de mayo de 1273, cuando Gregorio X le nombró cardenal-obispo de Albano, pidiéndole que se comprometiera en la preparación del II Concilio de Lyon, que habría de ser celebrado en mayo del año siguiente. En esa ocasión se convocó justamente en Lyon un Capítulo General extraordinario para proceder al nombramiento del sucesor de Buenaventura al frente de la Orden. Fue elegido Jerónimo de Ascoli, futuro Papa Nicolás IV. Dos meses más tarde, en el transcurso del Concilio, Buenaventura dejó este mundo en



1274
2024

750°

la mañana del domingo 15 de julio para reunirse con Aquel a quien había buscado con todo su corazón y su mente. Sus exequias se celebraron al día siguiente. Las Actas del Concilio recuerdan este acontecimiento con estas palabras: “Buenaventura fue amado por Dios y por el pueblo de los fieles” y “todos los que le conocieron en vida se llenaron de profundo afecto hacia él”.

Como ministro general, nos dejó en herencia un testimonio claro y fuerte: su pasión por la Orden, a la que había entregado la santa memoria de Francisco, como medida última de fidelidad a su vocación de menor y a su compromiso pastoral.

En este sentido, Buenaventura, como “ministro”, nos invita a interrogarnos sobre nuestro sentido de pertenencia a la Orden, estimulándonos a vivirlo a la vez como un don recibido de Dios y como un compromiso a realizar juntos, en beneficio de la Iglesia y del mundo.

Mística del amor: el afecto, cumbre del conocimiento

En la historia, Buenaventura, más que como ministro y maestro, ha sido recordado quizá más como místico, hasta el punto de ser calificado por León XIII como “el príncipe de la teología mística”. Y es cierto: para Buenaventura, en la mística se cumple tanto el camino de la inteligencia aplicada a la fe como el sentido de pertenencia a la Orden de los Menores, porque en uno y otro caso el fin es siempre el mismo: el “gusto” de Dios.

En este itinerario, el punto de referencia fijado por Buenaventura es ciertamente el acontecimiento místico de los estigmas de san Francisco: “Elevándose, pues, a Dios a impulsos del ardor seráfico de sus deseos y transformado por su tierna compasión en Aquel que a causa de su extrema caridad, quiso ser crucificado” (LM XIII, 3).



1274
2024

750°

Biagio Puccini,
*San Buenaventura
en éxtasis* (1708).
Roma, iglesia de
San Pablo en Regola



Ante la pregunta de cuáles son los procesos que hacen posible “la experiencia de Dios”, Buenaventura, partiendo también de su propia vivencia, ofrece una respuesta deslumbrante, propuesta al final del célebre opúsculo *Itinerarium mentis in Deum*: “Si tratas de averiguar cómo sean estas cosas, pregúntalo a la gracia, pero no a la doctrina, ... no al entendimiento... no a luz, sino al fuego que inflama totalmente y traslada a Dios” (*Itinerarium* VII 6).

El proceso, sin embargo, parte de un presupuesto antropológico: el hombre es el “ser de los deseos” (*vir desideriorum*) que tiende por naturaleza hacia el objeto único y último que es el único que puede saciar su búsqueda: Dios. El mismo Buenaventura fue un hombre del deseo: ya fuese



1274
2024

750°

en su servicio a la Orden, en su enseñanza académica o en la predicación del Evangelio, le movía el deseo de contemplar a Cristo crucificado, referencia última para pensar y amar a Dios. Sólo en Él, en efecto, se halla la raíz del estu- por que debería inflamar el corazón y la mente de todo hombre: el exceso de amor con el que Él eligió ser crucifi- cado. Envueltos y transportados por ese amor, somos “con- ducidos a Dios”: “Pasemos con Cristo crucificado de este mundo al Padre” (*Itinerarium* VII 6). En este viaje de retor- no afectivo, Pascua mística, Cristo es así el medio, el cen- tro no sólo del misterio trinitario, sino también de la diná- mica del corazón humano en su deseo de Dios: Él es el úni- co Mediador “para conducir a los hombres de nuevo a Dios” (*De reductione* 23).

De estos indicios se desprende que la mística de Buena- ventura es esencialmente relacional, ordenada hacia el Otro, es decir, en camino hacia Dios, a través de la carne humana de Aquel que, por exceso de amor, se hizo uno de nosotros para hacernos uno con Dios. El misticismo bona- venturiano puede ser comparado, pues, con un caminar hu- mano acompañado de la humanidad de Cristo como único camino hacia el Padre. En consecuencia, en su propuesta cristológica del camino místico se realizan las palabras con las que Francisco de Asís abre la Regla no bulada: “La regla y vida de estos hermanos es esta: ...seguir la doctrina y las huellas de nuestro Señor Jesucristo” (*Regla no bulada* I 1), aquel que se hizo Verbo encarnado y crucificado.

En un sermón sobre la Navidad se ponen en perfecta sintonía los dos momentos de la carne de Cristo: “Para ha- cer la paz perfecta, el Mediador fidelísimo se entregó pri- mero a la humanidad en la Natividad y luego, en la Pasión, se ofreció totalmente a Dios en favor de los hombres. Vien- do, creyendo y adhiriéndose a este misterio de amor encarnado y crucificado, se realiza el camino del hombre, anima- do y sostenido por el Espíritu Santo: “no lo recibe sino quien lo desea, ni nadie lo desea sino aquel a quien el fue- go del Espíritu Santo, enviado por Cristo a la tierra, lo in- flama hasta la medula” (*Itinerarium* VII 4).



1274
2024

750°

El don del Espíritu, que permite realizar la Pascua mística, no salva, sin embargo, al hombre de la fatiga del camino, es decir, de una experiencia de Dios buscada y preparada mediante un proceso realizado por etapas y en orden. Las obras ascético-místicas de Buenaventura son una oferta de un método para ejercitarse en el deseo y la búsqueda. Recordemos sólo dos textos: *El árbol de la Vida* y *La triple vía*. En el primero, en el centro está la contemplación afectiva de Cristo revelado en ese árbol de la vida que fue la cruz; en el segundo, en cambio, se ofrece la meditación sobre tres momentos de la experiencia humana, tres caminos para gustar ante todo la paz (mediante la purificación de los deseos), luego la verdad (mediante la iluminación del intelecto) y finalmente la caridad (mediante el Espíritu que inflama el alma para unirla al amor crucificado y esponal con Cristo).

Buenaventura nos recuerda, por tanto, que el hombre es un “deseador” llamado a caminar hacia el Uno que da a cada cosa su unicidad, su verdad y su belleza.

Pero en este camino de encuentro cotidiano con el Uno que es el único que basta, ¿no se corre a menudo el riesgo de ser “dis-traídos”, alejados de Él para ser dispersados en lo múltiple?

¿Cuántas veces experimentamos esta “distracción” en la que perdemos el Todo al confundirlo con las partes?

En cambio, Buenaventura nos recuerda que todo tiene sentido y valor si nos ayuda a alcanzar lo único que necesitamos: “ser conducidos a Dios”. La celebración del centenario de los estigmas de san Francisco, en 2024, ¿no debería ser un momento para recordar lo esencial, gracias a lo cual podemos recuperar todo lo demás de un modo nuevo y pleno?



1274
2024

750°

Conclusión: el triple legado que nos dejó Buenaventura

En julio de 1274, terminaba la vida de Buenaventura, gastada con generosidad y pasión en tres ámbitos que representan también para nosotros aspectos constitutivos de nuestra vocación religiosa que hemos de “meditar”, como nos invitaba Pablo VI al principio, con “atención”.

Como *maestro* de teología, Buenaventura nos enseña el camino de la inteligencia sapiencial por el que podemos pasar de la confusa oscuridad del bosque a una comprensión más profunda de nuestra fe (iluminación), sacando “las cosas ocultas a la luz”. Como *ministro* de la Orden, nos recuerda nuestro compromiso de hacer de nuestra vida un testimonio animado por la disposición a la renovación (purificación) de modo que, incluso en circunstancias temporales y culturales radicalmente distintas, nuestra vida de minoridad siga siendo un “espejo luminoso de santidad”. Como *místico*, nos muestra el centro desde el que todo se origina y se realiza, es decir, Cristo Crucificado, que desde la cruz otorga “el fuego del Espíritu Santo” por medio del cual alcanzamos nuestro fin último: “ser trasladados” y “transformados en Dios”, el Uno que llena todas las cosas y las hace buenas y bellas.

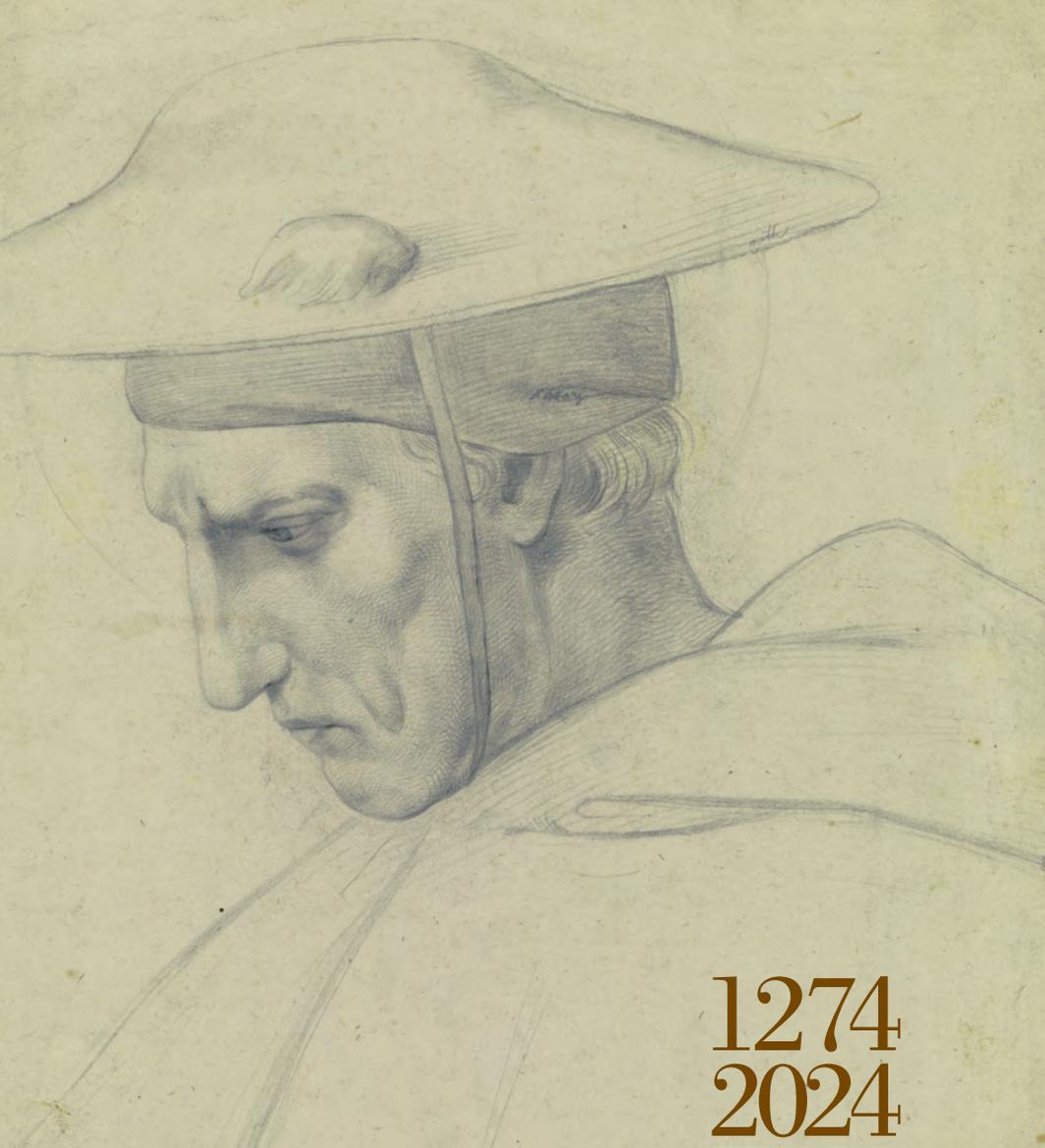
Paz y todo Bien.

Fr. Massimo Fusarelli, OFM
Ministro General

Fr. Carlos Alberto Trovarelli, OFM Conv
Ministro General

Fr. Roberto Genuin, OFM Cap
Ministro General

Fr. Amando Trujillo Cano, TOR
Ministro General



1274
2024

750°



Conferencia de Ministros Generales
de la Primera Orden Franciscana y de la TOR